

Una larga tradición de Estados Unidos

Por Raúl Alfonsín

Para LA NACION

EN la sección *Enfoques*, del domingo 6 de mayo, pude leer un adelanto del último libro de Eric Hobsbawm, *Guerra y paz en el siglo XXI*, en el que se afirma que las guerras llevadas adelante por Estados Unidos en Afganistán y en Irak no han alcanzado los objetivos anunciados de establecer regímenes democráticos de acuerdo con los valores de Occidente. Se dice, con respecto a Irak, que "nadie se atrevería a negar en serio que la situación del pueblo, cuya liberación fue la excusa para emprender la guerra, es peor que antes".

El componente "humanitario" tiene una larga tradición en el nacionalismo de los Estados Unidos, como muy bien se explica en un viejo libro de Hans Kohn.

Esa concepción aparecería tempranamente, luego de la independencia. Desde un principio, los revolucionarios norteamericanos se sintieron herederos de las tradiciones vinculadas con la libertad que proclamaba Gran Bretaña, y que mejorarían estupidamente con la Constitución de Filadelfia. Entretanto, se iba concretando el proceso de anexión, que algunos exaltados deseaban que se extendiera a la propia "madre patria", y aun a Europa y a todo el mundo en nombre de la libertad humana.

Al principio, este curioso nacionalismo de aparente base ética se limitó, en nombre de

Al principio, su nacionalismo se limitó, en nombre de un "destino manifiesto", a la conquista de Texas

un "destino manifiesto", a la conquista de Texas para liberar al pueblo mexicano de su "esclavitud", aunque la idea de anexar toda América del Norte jamás dejó de alentarse, porque se consideraba una obligación difundir sus principios, y extender la democracia a países vecinos.

Posteriormente, se debilita la idea anexionista y gana terreno la concepción de que bastaba con hacer conocer al mundo las instituciones de Estados Unidos para que se impusieran sus principios. (Presidentes Johnson y Grant, en 1868 y 1873.)

Teodoro Roosevelt creía que los Estados Unidos debían implantar las reglas del juego internacional, ya que no podían eludir su responsabilidad frente a otras naciones. Transformó definitivamente la doctrina Monroe en una teoría del

derecho positivo de los Estados Unidos de intervenir en cualquier país latinoamericano donde el gobierno fuera inestable o desordenado.

Posteriormente, Woodrow Wilson asume la tradicional posición de su país frente al expansionismo alemán. Comprendió que sólo podía llevarse a cabo sobre la base de la destrucción de las libertades de Europa y convenció a su pueblo de que los alemanes representaban valores opuestos a los angloamericanos. Sostuvo: "[...] Los trágicos sucesos de los últimos treinta meses nos

han hecho ciudadanos del mundo. Ya no podemos volver atrás".

Superada la Primera Guerra Mundial, con la misma tradición, pero en un sentido absolutamente inverso al guerrero que se había apoderado de muchos dirigentes y del propio pueblo de Estados Unidos, con un claro compromiso de paz, creía que entre los jefes de Estado que se reunirían en París, su palabra y su influencia tendrían una importancia decisiva, puesto que representaba al país institucionalmente superior. En otras palabras, la Liga de

las Naciones expresaría el idealismo norteamericano y se impondría al desconfiable Viejo Mundo.

Con anterioridad, había escrito un artículo en el que sostenía que el siglo XX forzaría a los norteamericanos a salir de su aislamiento... "Es nuestra obligación particular enseñar el hábito de la ley y la obediencia, que nosotros hemos extraído ya hace mucho del agitado proceso de la historia inglesa; asegurar para ellos, cuando podamos, el libre intercambio y el natural desarrollo que los haga, por lo

menos, miembros iguales de la familia de las naciones."

Posteriormente, para lograr la aprobación del tratado, en una muy extensa gira que resultó finalmente infructuosa, sostuvo: "Si América no se pusiera a la vanguardia en esta nueva empresa de poder concentrado, el mundo experimentaría una de esas desilusiones, una de esas penetrantes heladas de reacción que terminaría en un cinismo universal [...]". Sus palabras fueron proféticas. Estaba seguro de que antes de que transcurrieran 25 años, Estados Unidos tendría que luchar nuevamente contra Alemania junto a los mismos aliados.

Luego de su derrota, reapareció con fuerza el sentimiento aislacionista de su país, que terminaría tras el ataque a Pearl Harbour, y también debido a la anterior y permanente influencia del presidente Franklin Roosevelt, que luchó con denuedo contra el falso pacifismo que se había apoderado de su pueblo, y que no era otra cosa que la contracara de su tradicional nacionalismo.

La presidencia de George W. Bush llevaría la concepción "humanitarista" del nacionalismo estadounidense a extremos desconocidos y llegaría a contar con un amplio asentimiento luego del atroz ataque terrorista del 11 de Septiembre, que

Bush llevó el nacionalismo "humanitario" estadounidense a extremos desconocidos

definiría la restauración de la doctrina del interés nacional, basada en la seguridad estratégica y, consecuentemente de la idea de las guerras preventivas, pero siempre en el marco aparente de aquella tradición nacionalista, que en este caso, como bien señala Hobsbawm, se traducía en la necesidad de llevar sus instituciones al mundo árabe.

Así lo sostuvo en un reportaje: "Si hay un problema en el mundo, todos esperan que lo abordemos. Es el precio del poder". Y agregó que si "determinados valores son buenos para nuestros pueblos, también deben serlo para otros". El resultado de este fundamentalismo es que en vez de afirmarse los valores de la república en Irak, se debilitan en Estados Unidos.

© LA NACION



Cien años de turismo argentino

Por Enrique Meyer

Para LA NACION

EL sector turístico ha acordado celebrar en 2007 los cien años del turismo argentino, a partir del reconocimiento de que en 1907 se tomaron decisiones y se encararon obras que tendrían significativa importancia para el desarrollo de la actividad en el país.

Pero, aun cuando el turismo festeja sus cien años, es, en realidad, uno de los sectores más jóvenes de la economía mundial y nacional, a pesar de lo cual exhibe una aceleración en su crecimiento no parangonable con la de ningún otro sector de la economía, al punto de haberse transformado en uno de los rubros más destacados de las transacciones internacionales.

El turismo, para surgir, subsistir y expandirse, necesita que otros sectores le allanen el camino, y son muchos los rubros de la economía que deben prestar

su concurso para que el turismo florezca. Sin infraestructura vial, ferroviaria y aeroportuaria, sin transporte, sin hoteles, sin restaurantes y sin tantas otras prestaciones propias de un servicio de calidad, el turismo sería inconcebible.

Los sectores cuyo concurso es necesario para el desarrollo del turismo son también sus beneficiarios más inmediatos y duraderos. El atributo de la intersectorialidad o transversalidad, reconocido al turismo, es un vigoroso estimulante de la economía.

A pesar de lo arduo que ha sido arraigar el concepto, el turismo hoy también es reconocido como una de las exportaciones más genuinas, ya que aporta divisas. En vez de transportar productos, traslada consumidores.

Pero el turismo también fue promotor, en forma directa o indirecta, de la efectiva ocupación de

espacios geográficos, en muchos casos fronterizos, afirmando la soberanía, generando infraestructura y empleo, creando servicios, renovando y diversificando la producción y los medios de subsistencia, revalorizando la historia y la cultura locales, rescatando y preservando atractivos, tanto naturales como culturales, y elevando, en suma, la calidad de vida de las poblaciones residentes.

Recordemos también el aporte fundamental que el turismo hace al equilibrio regional como instrumento de redistribución interna de los ingresos, a través del derrame, desde el centro hacia las periferias, de los flujos turísticos. El verdadero turista gasta en el destino lo ganado en su lugar

de residencia. Parangonable a su virtud redistributiva es la contribución del turismo a la identidad. Nadie puede identificarse con lo que no conoce. La mejor manera de conocer un país es transitando sus caminos. San Agustín escribió: "El mundo es como un gran libro del que sólo lee una página quien no viaja". Nuestro país es un libro magnífico, con páginas de una belleza que deja pasmada aun al turista más experto. Lamentamos que haya tantos argentinos que no lo puedan disfrutar. Nuestro compromiso es que los excluidos sean cada vez menos. En este mismo contexto, suele afirmarse que el turismo favorece a la paz entre los pueblos. El turismo siempre implica aproximación y conocimiento. De

lo contrario, se lo bastardea. Esto es más válido todavía cuando va referido a nuestras gentes y a sus culturas diversas.

Es justo celebrar estos cien años del turismo para poner de manifiesto la importancia del sector, mostrar lo logrado hasta el presente y evaluar las perspectivas para el futuro.

Cien años de historia no se gestan sin protagonistas. También merecen ser reconocidos, porque el reconocimiento estimula el crecimiento. Aquí no podemos citar a muchos. La exposición del centenario nos dará la oportunidad de evocarlos. Pero no podemos dejar de mencionar al perito Francisco Pascasio Moreno, quien, en 1903, dio origen al proceso de creación de los parques nacionales, en los que se conservan los atractivos más emblemáticos de nuestra oferta turística. Tampoco podemos pasar por

alto la evocación de quien fue ministro de Agricultura y de Obras Públicas de sucesivos gobiernos durante la primera década del siglo XX, quizá, el mayor visionario del desarrollo argentino, al que asociaba invariablemente con la creación de infraestructura para el crecimiento del turismo. Me estoy refiriendo al doctor Ezequiel Ramos Mexía.

Otro Ezequiel, el arquitecto Bustillo, no puede quedar fuera de esta nómina. Fue él quien se encargó de avivar las brasas que habían encendido el perito Moreno y Ramos Mexía. De los logros obtenidos en su largo y esforzado trajinar sólo menciono la creación de la Dirección de los Parques Nacionales a la que se asoció tempranamente una Dirección de Turismo. © LA NACION

El autor es secretario de Turismo de la Nación.

Diálogo semanal con los lectores

Linda forma de adornar

EN la columna del doctor Mariano Grondona del domingo 6, se propone la siguiente etimología: «El castellano 'soborno' proviene del griego *uper* y del latín *super*, 'por encima de', aludiendo al 'sobreprecio' no registrado que se suma a un precio registrado. Sobre el precio registrado: aquí la palabra 'sobre' se vincula no sólo con lo que se paga por encima del precio anunciado, sino también con la envoltura de papel que lo disimula, como cuando se hablaba de 'los sobres del Senado' en tiempos de De la Rúa», escribe Daniel Pauni.

"Pero la Real Academia no coincide con el doctor Grondona, pues explica *sobornar* como proveniente del latín *subornare*. El *Diccionario etimológico* de don Pedro Monlau (Buenos Aires, El Ateneo, 1941) dice, en concordancia con la RAE (de la que el autor era miembro): «*sobornar* de 'sub', so y 'ornare': adornar, equipar, esto es, ganar a una persona con dádivas, pero en secreto»", prosigue el lector.

"Creo que la idea de 'escondido', 'oculto' o 'subterfugio' es mejor que la de 'sobre'. Es decir, lo contrario de *super* o *hypèr* (no es de origen griego el término *sobornar*)", concluye.

El lector tiene razón. Aunque el griego *hypèr* se corresponde exactamente con el latín *super* (con los cambios fonéticos propios de cada lengua), no se puede decir que una palabra viene del latín "y" del griego a la vez: o viene del latín o viene del griego o,

como es el caso de la mayoría de las palabras de origen griego, viene del griego a través del latín. La palabra *soborno* es de origen latino, no griego. Pero, en términos estrictos, el sustantivo no viene directamente del latín, sino del verbo español *sobornar*, y este, del latín *subornare*. Y, como bien explica Pauni, en *subornare* el prefijo es *sub-*, que significa 'debajo de' o 'por debajo de'. Etimológicamente, *sobornar* es 'adornar por debajo'. Por debajo de la mesa pasan los sobres, pero los sobres no intervienen en la composición de la palabra, en la que tampoco hay ninguna idea de 'sobreprecio'. En latín, el verbo *subornare* tiene una acepción en la que prevalece el concepto del verbo *ornare*, 'adornar, proveer, equipar', y otra en la que tiene fuerza el significado del prefijo, que es la que ha llegado a nosotros. E incluso, aunque la palabra ha pasado un poco de moda, todavía se oye entre nosotros, en lenguaje familiar, hablando de uno que ha recibido una coima, decir que "lo adornaron".

Los números del incidente

Escribe Miguel Peláez: "En la nota "Gobierno y gremios, enfrentados por un incidente aéreo", del lunes 7, se transcriben declaraciones que son erróneas. En primer lugar, 35.000 pies equivalen a 10.688 metros y no a "unos 800 metros" como está escrito en la nota. "Además, la nota dice que los aviones en rumbo de colisión estaban separados 20 kilómetros y que en "cuatro minutos"



Por Lucila Castro

De la Redacción de LA NACION

se hubiera producido el choque. Estos números no tienen coherencia. Me explico. No se dice si el rumbo era el opuesto, pero suponiendo que así lo fuera, a una velocidad de 700 kilómetros por hora los dos aviones en un minuto recorrerían 23,33 kilómetros; de lo que se deduce que los pilotos no tenían "cuatro minutos" para evitar la colisión, sino tan solo 51 segundos.

"Si los datos de la distancia entre sí y la velocidad son los correctos, lo que pasó es que en menos de un minuto se decidió y ejecutó esa maniobra evasiva. Si esto fue así, una ayudita del Supremo deben de haber tenido, pues entre la advertencia, sonora o visual, mover una palanca y que el avión respondiera, a mi entender se podrían haber saludado agitando los brazos. En resumen, no creo

que hayan reaccionado tan encima uno del otro (a solo 20 kilómetros). Si efectivamente fue así, se deberían espaciar aún más las operaciones de la zona de Ezeiza."

Afrancesados

Y todo por no decir *registro*, que es como lo llama todo el mundo en la Argentina. Escribe la licenciada Andrea C. Testa:

"En la edición del miércoles 2, en la página 14, salió una nota cuyo título decía: «Desde hoy, sólo con turnos se tramita el carnet de conducir». En la vigésima edición del *Diccionario de la Real Academia Española*, aparece la forma *carné*, del francés *carnet*, ya castellanizada, como *chalé* en lugar de *chalet*, también de origen francés, y *champán*, por *Champagne*, el vino proveniente de la región homónima. En el caso de *chalé*, existe la entrada *chalet*, que remite a *chalé*, pero no ocurre lo mismo con *carné*, ya que esta es la única entrada."

Palacio Sarmiento

Desde Miramar, provincia de Buenos Aires, escribe Alejo Portales Britos:

"Por leerlo y oírlo tan seguido, mayormente de fuentes periodísticas, creo que «Diálogo» es el sitio indicado para aclarar un error pertinaz. Esta vez, en la página 37 de la Revista, del domingo 6, ocupada en su totalidad por una fotografía del candidato K a la jefatura de gobierno de la ciudad autónoma, se subtitula: «Daniel Filmus, actual ministro de Educación de la Nación, en su

despacho del Palacio Pizzurno». En rigor de verdad, desde el siglo pasado (año 1961) el notable edificio, cuyo frente principal ocupa toda la extensión del pasaje Pizzurno, se denomina oficialmente Domingo Faustino Sarmiento, por lo que corresponde llamarlo Palacio Sarmiento. Y para evitar controversias, basta remitirse al decreto presidencial 35/2006-03-8, que en el artículo 1º establece: «Declarase monumento histórico nacional al Palacio Sarmiento, ubicado en el Pasaje Pizzurno N° 935/953, de la ciudad de Buenos Aires (Datos Catastrales: Circunscripción 20, Sección 7, Manzana 16, Parcela 9ª)».

En el mismo sentido ha escrito Elisa Jolbert Torpaso.

Feria concurrida

"Encuentro en LA NACION del martes 8, página 9, lo que para mí es un empleo inapropiado del término *promedio*. No es la primera vez que lo oigo en lugar de «aproximadamente tanto». En la nota sobre la Feria del Libro dice que «los 1300 actos culturales contaron con un promedio de 200.000 asistentes». Si así fuera, en total habrían sido ¡260 millones!», escribe Aldo Hugo Cantón.

Y termina: "La matemática también es parte de la cultura, creo". © LA NACION

Lucila Castro recibe las opiniones, quejas, sugerencias y correcciones de los lectores por fax en el 4319-1969 y por correo electrónico en la dirección dialogos@lanacion.com.ar.